

tránsito y el creyente es un peregrino o huésped en la tierra, porque el centro de las almas es el cielo. Todos nuestros pensamientos y acciones, en este lugar de prueba que es el mundo, deben encaminarse hacia la eternidad. Todo lo demás es vicio, miseria, error, tiniebla, muerte, desesperación. Solo imitando la vida de Cristo podemos conocer a Dios y llegar al cielo.

Según el pensamiento auténtico de esta religión, el verdadero cristiano no lleva una vida de aflicción, sino de íntima alegría espiritual, porque sabe que un día, el de su muerte, gozará plenamente del Señor. Tertuliano expresó: "no hay que creer que la vida de los cristianos sea una vida de tristeza; no se dejan los placeres sino por otros más grandes". El apóstol San Pablo dijo: "rogad siempre, dad siempre gracias, regocijaos siempre".

2o.—La caridad, valor ético indiscutible, "suprema virtud nazarena", como dijo el maestro Caso "es el mayor escándalo de la razón pura", ya que es lo más distante de la lógica, del pensamiento y de la razón, es otro principio esencial de la doctrina de Jesucristo, bendecir al enemigo; al que nos desposee; bendecir a quien nos ofende; abrir el corazón a todos los hombres, de todos los rumbos, de todos los horizontes, de todos los climas; hacer el bien, sin esperar recompensa: he aquí una de las más altas morales que el hombre ha edificado sobre la tierra.

Un mundo que ignoraba la humildad y la caridad, ve nacer y triunfar el cristianismo. Pero es poco decir que ignoraba lo anterior, ya que al decir de Séneca que vivió en el Siglo I de nuestra era, y a quien le tocó vivir en medio de la podredumbre de una sociedad en decadencia: "de la antigua austeridad de costumbres, ni el recuerdo; todo sentido moral fue abolido; el único apéto de aquel puñado de almas que tenían al mundo bajo su férula era el goce. Para conseguirlo, todos los

camino eran buenos. Se había llegado a despreciar la vida a fuerza de humillarla y denigrarla". (83)

Era pues necesario un Dios que amara al enfermo, al leproso, al miserable, al pobre y al esclavo. Eso fue y sigue siendo Jesús: Luz de esperanza y de redención. Fue tal el entusiasmo que despertó en las multitudes la nueva religión, que abandonaron bien pronto a sus deidades. Como escribió en su tiempo San Jerónimo (331-420) y quien fue doctor de la Iglesia: "los dioses que adoraban las naciones están hoy solos en sus hornacinas, con los búhos y los pájaros nocturnos. El Capitolio cubierto de oro, languidece en el polvo; todos los templos de Roma se hallan tapizados de telarañas".

Palestina, el pequeño rincón de la tierra donde el Salvador nació, vivió, luchó y murió, será siempre lugar de veneración universal, porque fue la cuna de un hombre excepcional, desde el punto de vista ético y sociológico, forjador de una de las más grandes religiones. Representa Cristo el personaje ético por excelencia, que se olvida de las vanas e inútiles fórmulas por atender siempre lo fundamental. El fariseísmo reinante daba la misma importancia a todas las prohibiciones: lo mismo a quien violaba un mandamiento de la Ley de Dios, que a la prohibición de trasladar y de comer un higo seco. Vino a descubrir verdades eternas, por eso es la Verdad Absoluta. Su vida física termina en la Cruz, pero su espiritual no concluye nunca.

Azotado y escarnecido es un ejemplo de fealdad y devoción a los más altos principios morales; es también la demostración práctica de que es posible cumplirlos. Y nosotros, de seguirlos, porque como decía San Francisco de Asís, ser cristiano significa ser otro Cristo. La iglesia que El fundó, tuvo que luchar denodadamente, de manera heroica, no solo contra las sectas de su tiempo, sino contra miles de años de fútiles e inconsistentes preocupaciones religiosas.

Empezó la nueva religión por conquistas a los hombres rudos: pescadores y campesinos, llegó a atraer a los sabios, y un día se convirtió en la religión católica, esto es, universal de occidente. Se unió a Atenas y Jerusalén, capitales mundiales del orbe filosófico y religioso de la Edad Antigua. La literatura religiosa, venice a la pagana, que al través de sus más connotados representantes le falta un contenido ético.

Lo contrario a la virtud nazarena de la *humildad*, es la soberbia. El soberbio se considera por encima de los demás, y que la tierra ha sido creada para servirle de pedestal. La obra más importante de la mística medioeval fue la "Imitación de Cristo" atribuida al teólogo alemán Tomás de Kempis (1379-1471). En ella encontramos (84): "Todo hombre, naturalmente, desea saber. Mas ¿qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios?. Por cierto, mejor es el rústico humilde que el soberbio filósofo que, dejando de conocerse, considera el curso del cielo". En la otra parte dice: "Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, al cual no va nada en los negocios del mundo, ya que aquí no encontrarás ciudad durable". El fondo de este libro, radica substancialmente en considerar que vale más el amor que la ciencia; que sirve mejor vivir santamente, que el más alto conocimiento.

Pascal (Siglo XVII) en sus "Pensamientos" (85) habla también de la "soberbia del filósofo". ¿En qué consiste pues esta soberbia?. Trataremos de explicarlo: para el cristiano el filósofo es un rebelde contra Dios, es un desobediente de la voluntad divina, porque en su afán incansable de saber penetra al saber prohibido, es decir, al reservado a Dios; por eso se le da el mismo calificativo que se da al ángel rebelde, a Satán, *soberbio*, que es un pecado capital. Lo opuesto a la soberbia es la virtud cristiana de la *humildad*. El creyente es enemigo de las palabras y amigo del silencio, se siente confiado, firme y seguro en Dios, y no trata de investi-

gar más allá". En la "Imitación de Cristo" se lee: "Te holgarás más de haber guardado silencio que de haber hablado mucho. Entonces serán de más valor las obras santas que las muchas palabras". (86).

El filósofo trata de conocer al mundo, por sí solo, es decir, directamente, con ayuda de su sola razón y sin la mediación de Jesús. El Cristiano considera que sólo al través de El se puede entender el universo. Fuera de este mediador necesario no puede haber ciencia ni moral.

Por esto la Edad Media no produjo obras propiamente filosóficas sino teológicas (teos, Dios y logos, tratado). La razón, que venía desde Atenas, fue reemplazada por la fe, y los principios filosóficos, por los dogmas aceptados y reconocidos por la Iglesia.

Conviene analizar las razones por las cuales obtuvo la victoria el cristianismo sobre las religiones antiguas, y se impuso socialmente sobre ellas. En primer lugar, fue una nueva moral basada en el amor, que no conocieron los antiguos. Las religiones de los judíos, y de los paganos, concebían a Dios como a un ser, que antes que nada había que temer y el Cristianismo lo presentó como fuente inagotable de amor, que debíamos de amar apasionadamente, fervorosamente, filialmente, como un hijo a su padre; enseñó que todos éramos hermanos, puesto que éramos hijos del mismo padre; que debíamos amar al prójimo como a nosotros mismos, así como a nuestros enemigos; que no debíamos codiciar los bienes del mundo; que Dios bendice a los humildes y abate a los orgullosos y ambiciosos. En lo adelante, ya no habría bárbaros ni esclavos, nacionales o extranjeros: todos eran iguales ante el Padre Eterno.

Otra razón por la cual triunfó, se debe a su concepción política, que fue absolutamente nueva. En efec-

to, distinguió dos imperios o reinos: el humano y el divino. Si por nuestras riquezas o bienes materiales estamos sujetos al reino humano, por nuestra alma pertenecemos al reino de Dios. "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". No estamos obligados a dar cuenta al Estado de nuestras creencias, de nuestros sentimientos, de nuestra conciencia. Estableció pues, la libertad individual, reivindicando para el hombre lo más trascendental o sea su espíritu.

En la religión romana los pontífices eran aristócratas y el emperador el supremo Pontífice. De esta manera el Gobierno controlaba y administraba la religión. La nueva religión cristiana, que formó una clase sacerdotal pobre y valiente; que organizó al pueblo humilde; que amaba a los pequeños y a los pobres que siempre han formado legión en el mundo, tenía que extenderse con rapidez sorprendente y hubo de ser perseguida por los Césares romanos, que desde un principio vieron en ella a una agrupación peligrosa, que desconocía, en gran parte, su propia autoridad. Por eso se explica que un Estado tolerante como el romano, que admitía todas las filosofías religiosas, desatara una atroz persecución contra la naciente religión y sus adeptos.

5.—*CRISTO Y BUDHA*.—Para conocer la importancia y significación sociales de la religión cristiana y de la budhista, que se disputan el dominio del mundo, acudamos a dos grandes sociólogos latino-americanos: Mariano H. Cornejo, peruano, y Antonio Caso, mexicano; el primero, catedrático de la Universidad de San Marcos de Lima, y el segundo, maestro muchos años de la clase de Sociología de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la que fuera ilustre Rector. Con la obra de Cornejo la Sociología hispano-americana alcanzó merecido renombre internacional (87); con la producción de Caso en esta materia, nuestro país se colocó a la altura de las naciones más adelantadas del nuevo Continente.

MARIANO H. CORNEJO.

Budha representa el tipo intelectual y filosófico y Jesús el tipo moral y religioso. El idealismo del primero está sobre todo, en sus reflexiones; el del segundo, en su vida y en sus actos. El gran profeta indio, preparado por la metafísica del brahmanismo, produce solo toda su doctrina. El budhismo no tiene, ni necesita, un San Pablo. Gautama, llamado el Budha-Sakia-Muni, es un príncipe nacido en un palacio, que hasta los treinta años vive bien, aunque siempre en la más absoluta castidad. Al iniciar su vida de asceta y revelador no encuentra oposición. Tiene poca importancia la persecución de algunas sectas enemigas, la envidia y la calumnia de algunos discípulos desleales. Su sufrimiento, exclusivamente de carácter moral, no proviene de la sociedad, sino de sus reflexiones sobre la vida, el ser y la nada.

Jesús no busca el conocimiento de la verdad, sino la realización del bien; liberta, no de la ignorancia, sino del mal. Su sufrimiento no es sólo interno, como el de Budha, sino que lleva las huellas físicas del martirio, que mantiene a través de los siglos viva la fuente de un idealismo del dolor que lleva a los transportes extraordinarios de un Francisco de Asís. Jesús se cuida poco de las demostraciones filosóficas, que deja para sus discípulos San Pablo o San Agustín, San Anselmo o Santo Tomás; pero presta a sus palabras la sugestión de un sentimiento tan intenso y de un amor a la perfección del ideal, que constituyen el impulso más vigoroso y eficaz que ha recibido el lado ético de la sociedad humana.

El cristianismo y el budhismo son las religiones del sentimiento y el pensamiento. En una predomina el amor del bien, y en la otra del problema del ser. Las dos religiones se desenvuelven conforme a su naturaleza y al medio en que actúan. El Oriente, con su pasi-

vidad teocrática y sus brujerías y el Occidente, con su actividad y su lucha de razas, forman dos atmósferas morales esencialmente diversas que les dan una opuesta orientación. (88).

ANTONIO CASO

El budhismo quiere ignorar el embrollo de la creación y la Cosmogonía, para referirse, como el estoicismo y el epicureísmo, a los motivos de la salvación personal. Budha enseña que se puede saber muchas cosas, pero que no se debe ignorar unas cuantas; a saber: que el deseo produce el dolor, y el dolor engendra la muerte y el nacimiento; por tanto quien contiene y mata el deseo evita el dolor, el nacimiento y la muerte, hasta llegar al nirvana, o sea un estado de plena beatitud que se funda en la negación de todo amor y toda pasión.

El hombre que enseñó que la pasión debe extinguirse para alcanzar el nirvana, no habría podido lograr su salvación ante Jesús. Las buenas pasiones no deben morir nunca porque representan el resorte motor de la Historia. Cristo fue un apasionado y no un dialéctico; por eso se colgó de la Cruz y nos comprometió a todos a seguirlo. Si por su pasión, por su bendita vida apasionada, por su hondísima emoción redentora. El occidente es individualista, nacionalista, cristiano. El oriente es budhista, utilitarista, impersonal, decadente. La línea vertical es el símbolo de Jesucristo: un movimiento que levanta en vilo al hombre sobre su historia: la horizontal es el emblema de Budha, un movimiento inverso, que extiende la fortaleza del alma sobre el suelo y la deja indiferente al bien y al mal, y sólo atenta a evitar el sufrimiento.

O el cedro del Líbano, o el loto del Ganges. ¿Quién vencerá a través de los siglos?. (89).

CAPITULO XVII

SOCIOLOGIA DEL ARTE Y DEL FOLKLORE

1.—*CONCEPTO DEL ARTE*.—“El arte es un conjunto de medios, conducente a producir ese estímulo general y armónico de la vida conciente que constituye el sentimiento de lo bello”. (90).

La ciencia filosófica que se ocupa del estudio del sentimiento de la belleza y sus problemas, se llama Estética o teoría de arte. La palabra “Estética” fue creada por un filósofo alemán, Alejandro Baumgarten, del siglo XVIII. Pero disertaciones sobre lo bello existen desde el mundo griego. Por ejemplo, hay un diálogo platónico titulado Fedro o de la belleza, donde Sócrates conversa con Fedro sobre el sentido del amor y la belleza.

El arte como el juego, suponen un exceso de energía, una demasía vital. Después de que el hombre ha satisfecho las necesidades biológicas ordinarias de su